

La paciencia hace más llevadero lo que no tiene remedio

Por LAUREANO LÓPEZ, L.C.

Se pierde, se cansa, se agota, se debilita, se satura, se irrita, se quiebra, se acaba, se recobra, se sofoca, se agobia, se troncha, se restablece, se quebranta, se abruma, se termina, se encuentra, se muele, se hastía, se consume, se rescata, se liquida, se remata, se molesta, se sufre, se desborda, se recupera, se destruye, se atosiga, se extenua, se harta y se colma la paciencia. Si has llegado a esta línea sin que te reviente la paciencia, habrás dado un paso importante para conseguir esta virtud. La paciencia es la virtud por la cual se sabe sufrir y tolerar los infortunios y adversidades con fortaleza, sin lamentarse. También significa ser capaz de esperar con serenidad lo que tarda en llegar.

Vivimos en un mundo frenético. La marabunta de la tecnología y el progreso de las comunicaciones nos han traído enormes beneficios y comodidades. Sin embargo, nos han hecho olvidar la paciencia y la serenidad. Hoy todo es urgente. Te mandé un *mail* y no lo viste. Te llamé cinco veces y no me contestaste. Te envié un mensajito por el celular y no me respondiste. Te estuve esperando quince minutos y no llegaste. ¿Dónde te has metido? ¿Por qué no me avisaste inmediatamente? ¡Date prisa! ¡Al grano! ¡Apúrate! ¿Qué estás esperando?

Por estas circunstancias es importante que se aprenda a formar virtud de la paciencia desde el seno familiar. Las dificultades cotidianas vividas con amor y paciencia nos ayudan a prepararnos para la venida del Reino de Dios. Cuando el niño

pequeño llora, cuando el adolescente es rebelde, cuando la hija es respondona, cuando la esposa grita, cuando el marido se enoja, cuando el abuelo chochea, cuando otra vez han dejado entrar al perro en la casa y ha llenado todo de pelos... nos llevamos las manos a la cara y exclamamos: ¡Señor, dame paciencia... pero ya!

Es cierto, la paciencia es un fruto del Espíritu Santo y debemos pedirlo constantemente. Esta virtud es la primera perfección de la caridad, como dice san Pablo: «La caridad es paciente, es servicial; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa, no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra en la

injusticia; se alegra en la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta». (1 Co 13,4-7)

La vida familiar aquí en la Tierra es un gimnasio para entrenarnos en esta virtud. Las adversidades diarias nos invitan a sufrir con paciencia la ignorancia, el error, los defectos e imperfecciones de los miembros de la familia. Sufrir

con paciencia se convierte en una hermosa obra de misericordia espiritual. ¡Cuánto más paciente ha sido Cristo con nosotros!

Señor, enséñanos a orar en familia como santa Teresa: «Nada te turbe. Nada te espante. Todo se pasa. Dios no se muda. La paciencia, todo lo alcanza. Quien a Dios tiene, nada le falta: sólo Dios basta».

Señor, enséñanos a orar en familia
como santa Teresa:
«Nada te turbe.
Nada te espante.
Todo se pasa.
Dios no se muda.
La paciencia, todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene, nada le falta:
SÓLO DIOS BASTA».